

con fijeza, la rara ocasión en que hablaban seriamente, como personas formales, á distancia de sus compañeros, huyendo sus bromas y su trato; purificando con el aislamiento el incorpóreo poema de unos amores nacidos de mutua inclinación, en un lecho de lodo y de miseria y con una techumbre de estrellas y de pureza.

Sardín, que podía dar cátedras de disolución á un aventajado abate de la regencia, sufría horriblemente al considerar que Matilde, almacén de todas sus afecciones, sabía tanto como él y estaba expuesta á acabar de perderse antes que él. Sin manifestárselo, la cuidaba incesantemente, teniéndola al alcance de la vista para conocer sus actos y al alcance de su brazo para impedirle la caída. Temía la primera oportunidad, la inmediata, la que no pudiera remediar, suponiéndola próxima ó lejana, según estaba de humor. Odiaba profundamente, á muerte, á «esas,» como designaba con desprecio á todas las momentáneas. No podía sufrir que en sus paseos diarios y en carruaje por la avenida, compraran flores á Matilde, entreteniéndose con sus agudezas de pilluela y alabando su figura. Asaltábanle presentimientos de fácil realización á su juicio. Y no podía evitarlo; con qué derecho? Ni siquiera con el de amante correspondido ó aceptado, pues no lo era. Se querían los dos y en paz; no necesitaban decírselo, pero tampoco exigirse nada.

La misma Matilde, con cariño y todo, se reiría de la pretensión.

En ciertas escalas sociales aparecen grotescos los juramentos y promesas que constituyen el cielo azul de los enamorados.

Celébrase un convenio tácito, se hace la vida en común y termina el contrato cuando el fastidio ó la infidelidad lo hacen insoportable.

Con qué envidia veía Sardín á los obreros hacer sus excursiones dominicales, con su camisa limpia, el fieltro negro, un paraguas monstruo, y llevando al lado á su mujer, á su esposa, cargando á un niño que golpea con insistencia la mejilla de la madre risueña y feliz. Vendíales de preferencia sus cerillos, tardándose de intento en dar el cambio de la moneda, sólo por prolongar su permanencia con ellos, tratando de impregnarse de honradez y de respetabilidad. Era ya imposible su ingreso á un taller; no se pasan impunemente algunos años de esa existencia callejera, dejan raíces de malos hábitos que no pueden desecharse; además, careciendo de recomendaciones, quién lo admitiría? y quién también lo recomendaría? Deseaba tan poco para él y para Matilde, un jornal modesto les bastaría á sus necesidades, pues no había de bastarles, hasta les sobraría. Con el conocimiento que poseían de precios y efectos no podrían engañarlos.....y regresaba del país de las quimeras, recibiendo un empujón dado

por cualquiera que pasa y lo da, más bien por costumbre que por maldad.

Alzaba los hombros, rezaba una blasfemia y volvía á adquirir su estoica indiferencia, que es la coraza de los que sufren.

III.

No daban crédito al notición.

Les parecía un fenómeno irrealizable, una broma de mal género, un engaño, cuanto hay, menos una realidad y realidad tan próxima. Tuvieron momentos de inefable gozo, de comunicativa ternura y de proyectos al aire. La noticia se la comunicaban a gritos, en pequeños grupos, por parejas; la aplaudían silbándola y la bautizaban con nombres diversos.

Apenas si había motivo para regocijarse. Por la primera vez de su existencia, recibían una caricia de la municipalidad, caricia verdadera y proviniente de distinta mano de las que regularmente les ofrecen los agentes del orden público. No sólo los recordaba ahora sino que los trataba paternalmente. Muchos sostenían que amén del uniforme, iban á ser obsequiados con zapatos, sombrero y una gran comida el día de la solemne y filantrópica repartición. Otros, diciéndose mejor informados, anunciaban que, con excepción del traje, que iría

marcado con una placa en metal, el aumento consistiría en un discurso adecuado á las circunstancias. Y por último, los escépticos admitían la feliz nueva con taxativas, atribuyendo el inesperado obsequio á algún rico que deseaba ocultar su nombre y que vestiría á tres ó cuatro, á lo más, con telas ordinarias y baratas. Hasta se enmendaron de conducta en espera del advenimiento, temiendo, sin embargo, que fuera á quedarse de halagüeño rumor. Miraban á los regidores como ángeles buenos y hubieran anhelado organizarles una manifestación de gratitud, conformándose con darse de codo y exclamar por lo bajo: "Mira, ese es don fulano," cuando en la calle los veían. Pero las esperanzas mejores se realizaron, soñaban despiertos cuando les dijeron que en efecto, iban á vestir á gran número de ellos, á casi todos, por cuenta del municipio, diferenciándose en esta gracia, de los cocheros y demás gentecilla que para acatar el bando, tendrían que gastarse un pico. Y comenzó el reparto de los trajes, de manta estampada, á grandes rayas, de colores vivísimos, holgados ó estrechos, nunca á la medida, ceñidas las blusas con cinturones del mismo género, defectuosos, burdos como todo lo que produce la caridad oficial que á la legua se delata, pareciendo arrepentirse de lo que ejecuta é imprimiendo á sus bondades un sello indeleble, estigma eterno de los inmediatamente favorecidos por el estado.

Cada blusa—según habían anunciado los informados—llevaba cosida á muerte una placa metálica con el número de orden que correspondía al portador, quien desde ese momento se sujetaba voluntariamente á no contravenir ni en pensamiento el más insignificante deseo de la policía, y en casos fortuitos y hasta donde lo permitieran sus facultades y condiciones, á ayudarla eficaz y decididamente. Con qué religiosa veneración recibieron los agraciados su vistoso presente, doblándolo con minucioso cuidado, alisando con la mano sus arrugas, y ya envuelto en periódicos olvidados, echaron á correr por todas direcciones con el precioso bulto bajo el brazo, gritando á voz en cuello la *extraordinaria* del día, mandada imprimir por ellos mismos.

Una enorme laudatoria al autor de la idea de vestirlos sin cobrarles.

Era su mejor manera de dar las gracias!

Temerosos de no poder cumplir todos los compromisos jurados, acallaban sus conciencias poniéndose á mano con los ediles.

Eran de oírse los pocos que quedaron olvidados; censuraban acremente color, corte y dimensiones, á todo le encontraban defectos y aun falta de dignidad á los que habían aceptado, coartándose así la independencia y exponiéndose á más de un desagrado. Para los héroes de la jornada aquello era música celestial, reíanse de tales escrúpulos, prometiéndose algún tiempo de lujo relativo y una

superioridad manifiesta sobre el resto de sus colegas. Prolongaban sus ilusiones dejando para la mañana siguiente el instante supremo de estrenar, demorándolo de adrede para gozar de la voluptuosidad que les producía la simple idea de salir de crisálidas y entrar en mariposas.

Sardín fué de los no favorecidos, y únicamente lo sintió por lo que Matilde pudiera pensar del contratiempo, atribuyéndolo tal vez á falta de voluntad ó á exceso de abandono personal. Figurábase poseedor de un traje de aquellos y sin ninguna modestia, adquiría la convicción de que le habría quedado á las mil maravillas. Suponiéndole un defectillo ligero, ahí estaba Matilde para borrarlo ó disminuirlo, y no que en cambio, mirábase con un chaleco monstruo, descalzo, pantalón de edad avanzada, camisa calada por su suerte, y sombrero emparentado con la rosa náutica.

Por orgullo ni siquiera se unió al grupo de la oposición.

Se conformó, delante de Matilde, con plegar el labio con desdén, sin emitir opiniones ni herir susceptibilidades, pero humillado en el fondo, viendo tanto nuevo junto á sus harapos. Sintió que le ardía la cara cuando la muchacha lo miró á él y miró á sus antiguos compañeros.

El amor vuelve meticuloso al más despreocupado; el loco afán de agradar en todas ocasiones, hace nacer una refinada coquetería.

Lanzáronse los "estrenados"—así se bautizaron— á lucir las personitas, en cuanto amaneció, sabiendo que nadie los vería, pero mirándose á sí mismos, lo que era sobrado. El primer par de zapatos que crujió naturalmente, después de un rato de camino, causó gran envidia; el que los llevaba era el que más llamaba la atención.

Se acercaba el invierno. Ya, en las últimas noches del otoño, á penas si podían dormir en los jardines, áridos y tristes por la caída de las hojas.

Obligábalos el viento helado á juntarse, hasta formar una masa informe y comunicarse mayor calor, no mucho, el indispensable para descansar algo y no levantarse entumecidos. Unas horas de reposo y nada más. Las primeras escarchas, al herir de muerte á las plantas, haciéndolas inclinarse tristemente y caer en fracciones delicadas; al desnudar á los árboles dejando sus ramas en contorsiones imposibles, los hacían sufrir y buscar guaridas menos descubiertas en qué refugiarse. Sardín, desde el desaire que le habían corrido, su preocupación constante era cambiar de ropa; notaba en Matilde un despego con el que nunca podría conformarse. Sus relaciones amorosas llevaban tiempo de no ser un secreto para nadie. Reíanse los demás de sus celos y de sus desconfianzas, pero se acostumbraron pronto á verlos juntos día y noche. No contaban con uno solo; para cualquiera ocasión que requiría

su voto, los consideraban una pareja constituida y aceptada.

Se ven tantas por el estilo más ó menos duraderas, especialmente entre ellos, que una nueva no podía llamarles la atención.

Mirábanlos, después del teatro, tarde ya, marcharse sin previa consulta y como quien ejercita una costumbre impuesta, juntitos, lado á lado, por las calles desiertas, hablando ella en voz alta, riéndolo, y él con la cabeza agachada, sin contestar y sin abandonarla. Quién iba á impedir esas escenas matrimoniales, tan comunes y tan sin remedio en todas las clases? Dejábanlos hacer sin mezclarse en su vida privada y sin ofrecerse á acompañarlos.

El frío que seguía haciéndose sentir de una manera ruda, acabó de alejarlos del resto de la banda.

Sardín había hecho un descubrimiento que no quería comunicar, por los riesgos que sobrevendrían. A Matilde misma no se lo dijo, sino hasta la noche en que lo llevaron á cabo, llenos de inquietudes y de precauciones, sin ruido ni palabras, para no ser vistos ni sentidos. La verdad era que tenían un palacio y no como quiera, sino con guardia á la reja, paredes de metal, vidrios de colores, columnas, capiteles, comodidad y elegancia. Estaban alojados, á partir de entonces y sin saber hasta cuándo, en el Pabellón Morisco de la Alameda, desierto siempre y sin inquilinos.

Vengábase así del olvido del Ayuntamiento, al

que le ocupaba gratuitamente una de sus propiedades de lujo.

Lo difícil consistía en entrar. Esperaban con paciencia, medio ocultos por las sombras del parque, á que el vigilante de la rotonda que forma la parte posterior del edificio, se lanzara á su inspección; y aprovechándose de su ausencia, se colaban á la vivienda, llenos de sobresaltos y de angustias. El otro vigilante, el de la reja exterior, jamás llegó á pensar que cuidaba el sueño á dos arrapiezos. Bien abrigado dentro de su capote, acomodábase lo mejor que podía, para pasar su tiempo de reglamento, martirizado por la intemperie. Esa primera noche, ninguno de los dos pudo dormir, impresionados hondamente por su audacia que tan bien les había salido. Recorrían el salón andando de puntillas, de la mano para no caerse, y tratando de fijarse en uno de los rincones que más garantía les ofreciera, para quedarse en él y no estar experimentando todos, única maniobra que llevaban ejecutando. En ocasiones se miraban en esa semioscuridad, y sentía Matilde cómo Sardín le oprimía nerviosamente la mano. Al fin, eligieron uno, el que les pareció mejor, en el fondo de una de las galerías laterales, resguardados, hasta donde era posible resguardarse, del viento que entrando por la reja, se paseaba dentro del Pabellón, como quien busca algo y al no encontrarlo, sale triste, de prisa, tropezándose y llorando sus desconsuelos. Sardín temía

ese momento. Matilde lo esperaba calmada y preparándose á aumentar los alicientes de la lucha, con encantos que sabría encontrar sin esfuerzo y desarrollar con maña. Le daba pena notar el efecto que causaba á ese chiquillo, despabilado tan pronto y tan cariñoso para con ella. No lo quería, es decir, no lo amaba, esa era la palabra, que en cuanto á quererlo, lo quería y mucho; pues no había de quererlo; qué podía reprocharle? y en cambio cuánto tenía que agradecerle! Acostumbrada á tratarse con la canalla, de la que formaba parte, comenzó por no comprender ni valorizar las múltiples y delicadas atenciones de que la hizo objeto Sardín, conforme iba creciendo, extrañando no oírle, cuando hablaba con ella, las palabras malísimas, en que era consumado profesor, ni verlo hacer gala del insolente cinismo, que es el único caudal de esos niños-sarcasmo.

Tres años tenían de estar en contacto; en el último fué cuando Matilde se convenció de que la adoraban, pagando con lo que primero pagan todas las mujeres en tales casos: con abusar.

Hacíanle gracia las exigencias, los celos, los regaños de Sardín; hasta los provocaba fingiéndose la inocente y frecuentando bajo el pretexto de vender, los cafés, las personas, y los sitios que le disgustaban. Así es que cuando Sardín le anunció que eran dueños de casa, que á nadie lo dijese, que era para los dos solos; cuando le describió el futuro de

un invierno resistido bajo techado, y las dificultades vencidas para encontrarlo, creyó comprender lo que aquello quería decir, y lejos de enfadarse, lo encontró el asunto más natural del mundo.

Le exigían una recompensa a un afecto aceptado y encontrábase dispuesta á otorgarla, y á Sardín de preferencia. Siquiera éste la quería, y otro cualquiera, apenas si se conformaría pagándola con mezquindad. Conocía á fondo todas las miserias de la vida, lo mismo que su *novio*, quizá mejor que él. Ambos entaban connaturalizados con el lodo, material y moralmente.

Su ambición consistía en llegar, con el tiempo, al envidiable lugar que á su juicio ocupaban esas señoras de coche que le compraban flores, que le ofrecían protección, dinero, y que tanto odiaba Sardín. Esas sí que no sabrían lo que es pasar un día sin comer, sin casa, sin afecciones, pidiendo una limosna y cosechando una mala razón, pidiendo trabajo y obteniendo una amenaza. Siempre las veía bien vestidas, con grandes sombreros, guantes, piedras de colores en las orejas y hasta en los collares de sus perritos; sonriendo, saludando, con todo el aspecto del que es feliz. Y cuantas ocasiones se había decidido á seguir á alguna de ellas, la contenía el pensar la tristeza que causaría á Sardín, quien se contentaría mirándola con sus ojos garzos, medio dormidos bajo las rizadas pestañas,

y allá en el fondo de la pupila, húmeda y dilatada, una expresión de ternura infinita.

Ejercía sobre ella un imperio relativo, porque nunca se atrevía á manifestarle su descontento y cuando lo hacía, empleaba las palabras más suaves, las más convincentes súplicas, un lenguaje diverso del acostumbrado, que no la hería, que la obligaba á pensar en su castidad, que ni de nombre conocía, pero que deseaba poseer como todas las mujeres, que la descuidan de intento y perdida la lloran, precisamente porque no ha de volver; un lenguaje compuesto de palabras que le producían inmenso bienestar, distinto del que los demás le prodigaban sin miramientos, sin reparar en nada, tratándola de camarada, obsequiándole los atributos del sexo contrario, con el que la asimilaban en conversaciones y proyectos.

Sardín no las tenía todas consigo, se daba miedo á sí mismo considerándose á solas con Matilde, que era su vida; que había sido sucesivamente su madre, su hermana, su consuelo, su apoyo, hasta su institutriz, y que no quería que fuera su querida sino su esposa, en virtud de esa ley fatal que hace al moribundo querer vivir y al necesitado anhelar lo que nunca ha de ser suyo.

Los sucesos y la inclemencia del tiempo los juntaban, obligándolos á pasar algunas horas sin otros testigos que sus deseos y su voluntad, obligándolos á prostituirse más todavía, destruyendo

sus planes de honestidad y de posesión legítima, poniendo á prueba los instintos de dos seres abandonados que atraviesan el mundo sin fe, sin esperanza y sin principios.

Acostáronse al fin, ella provocadora y sonriente, él casto y recatado como su amor.

Seguían sin hablarse; el ruido de sus voces, aumentado por las bóvedas de su morada, hubiera llamado la atención de los vigilantes del inmueble. Sardín se esforzaba por conciliar el sueño, que huía de sus párpados para dejar sitio al recuerdo de las depravaciones que de memoria conocía y que lo instigaban invisible y enérgicamente á cometer un acto que le inspiraba horror. Decidió no volver la cara para contar con una tentación menos y resistir con todas sus fuerzas á las demás.

Escuchábanse de vez en cuando, sobre el asfalto de la calzada, las pisadas de algún trasnochador que se retiraba de prisa acosado por el frío, á juzgar por lo precipitado de ellas y lo sonoras que las volvía el silencio de la noche.

Matilde, que se esperaba novedades sin cuento, tentativas apasionadas, diálogos mudos, se alarmó al notar la inacción inexplicable de su amante, se ofendió, y lastimada en su vanidad, se propuso demostrar al olvidadizo Sardín que sus atractivos merecían otra especie de alabanzas. Pretextando frío, se le acercó, y en voz muy baja, apenas perceptible, pegando sus labios á la oreja de Sardín, le

repetía: "ven," mientras le estrechaba el cuello con un brazo. Sardín se estremeció delirante de fiebre y de pasión; no contaba con el contacto. La rechazó suavemente y persistió en su quietud. Y se cambiaron los papeles, entablándose una lucha, no como ella se la había imaginado, sino teniendo que tomar la iniciativa, acosándolo á caricias de todos géneros, asfixiándolo de voluptuosidad. Revelábase la canalla en cada movimiento, la mujer ofendida en cada tentativa. Obraba impulsada por designios bastardos, sin valorizar el sacrificio que imponía, restregándose contra Sardín, martirizándolo.

La cosa se prolongaba y conocía él que á cada instante disminuía su fuerza de voluntad; que no podía huir porque hubiera sido delatarse con los vigilantes, y no se oponía, sin embargo, á los carinos rabiosos de Matilde; sentía un placer indefinible con la actitud pasiva que guardaba. Se levantó á poco, porque no habría resistido más, y comenzó á pasearse con la misma cautela que antes.

Matilde, sin comprender media palabra, se puso á llorar, ahogando los sollozos para que no hicieran ruido.

Sardín la oyó y se lanzó á consolarla, hincándose á su lado, tomándole una mano y enjugándole los ojos, inclinado sobre ella, trémulo y enamorado.

Casi á señas, le preguntaba qué tenía, por qué lloraba?

—Porque no me quieres.

—Es cierto, no te quiero, te adoro.

Y tomándole la cabeza entre sus manos, en un arrebató de locura, de frenesí, le dió un beso en la frente, puro y regenerador, ofreciéndole su alma. En ese momento un testigo presenciaba sus espon-sales: la aurora sonriendo al través de los vidrios de colores.

Habían pasado una castísima noche de bodas. Estaban desposados sus espíritus.

IV.

En las noches que siguieron, Sardín no estimó prudente repetir esa escena. Conformábase con haber salido bien de tan difícil prueba y se limitaba con acompañar á Matilde hasta la puerta, ayudarla á entrar y retirarse. Quedábase por las cercanías, donde primero encontraba, temblando de frío, pero cerca de ella, para poder oír un grito ó distinguir una señal. Muchas veces, para calentarse, se levantaba y caminando un rato, no hacía otra cosa que dar vueltas al rededor del pabellón. Apenas si dormía; desquitábase haciéndolo de día con más libertad y más calor en las puertas de los cafés, en un zaguán ó en la fonducha en que comían cuando los

negocios prosperaban. Matilde, en la apariencia, se convenció por fin, después de repetidos juramentos y explicaciones, de que Sardín, lejos de haberla ofendido le había dado una gran prueba de amor, respetando su pureza tan estropeada por las circunstancias que la rodeaban, que era un sacrificio difícil de llevarse á cabo, y otros argumentos poderosos que le venían á él á borbotones, con esa convincente elocuencia que da el cariño.

Matilde se lo agradeció hasta cierto punto. Tan nuevo é incomprensible se le figuraba un respeto rayano en la tontera.

Si había de acontecerle el fracaso, y Sardín debía preverlo tanto como ella, por qué se privaba voluntariamente de la primacía?

—Porque me quiere? Pues, por eso precisamente lo habría hecho cualquiera.

¿Qué esperaba?

¡Casarse!—háiale dicho él, y sólo la idea de enormidad tan irrealizable la hacía reír, figurándose del brazo de Sardín, ambos mal cubiertos con sus harapos, con dos camaradas de padrinos no mejor vestidos, y el resto de comitiva, subiendo la escalinata de la catedral, atravesando el atrio y cruzando la nave principal del templo, hasta llegar cerca del altar mayor, resplandeciente de elegancia y de riqueza; envueltos en diáfanas nubes de perfumado incienso y escuchándose en el coro, la majestuosa voz del órgano que lanza al espacio mundos

inagotables de místicas armonías, lejanas, suaves en su principio, y agrandándose á cada instante, aumentando de ternura y de devoción, pasando por sobre la cabeza de los fieles que la inclinan agobiada bajo tanta grandiosidad y elevan el tono de sus preces para oírse á sí mismos y convencerse de que existen; hasta el momento en que el humo, el murmullo y las notas del órgano, apagándose lentamente, suben confundidos, se pierden en las cornisas y molduras y queda sordo é imponente el eco, despidiéndose con acentos de gigante y haciendo temblar los vidrios de las ventanas superiores.

¿Cómo habían de aspirar ellos á eso?

Siempre que ella pretendía presenciar un matrimonio semejante, la rechazaban de todos lados, hasta ponerla en la calle, sin permitirle que se quedara junto á una columna, á lo último de los criados, de la concurrencia, después de los lacayos, orgullosos é inmóviles dentro de sus flamantes libreas; la expulsaban aunque prometía estarse quietecita, sin chistar, sin moverse; á ser posible, hubiera ofrecido no respirar.

No le hacían caso.

Unos hombres, que tenían algo de iglesia en los trajes y mucho de verdugos en los modales y con unos largos bastones de plata que llevaban en las manos, se mostraban amenazadores é inexorables.

La casa de Dios le era tan inaccesible como la de cualquier rico vigilado por su servidumbre.

¿No le negaron la confesión, la única vez que intentó hacerla, animada de los mejores propósitos y proponiéndose la enmienda de sus involuntarias faltas?

Fué una tarde, cuando era muy chiquilla, que vió pasar una multitud de niñas vestidas de blanco con coronas y velo en la cabeza, marchando de dos en dos, primero las pequeñas, luego las más crecidas, siguiendo la escala ascendente hasta las directoras de aquella fiesta, dos matronas enlutadas que las vigilaban con cariñosa atención.

Deteníase la gente en las aceras, para dejarlas pasar y llovíanles las alabanzas; retratábase en los semblantes lo conmovedor del espectáculo.

Matilde tuvo envidia, una envidia inagotable de rogarles que la llevaran consigo á donde fueran, pero la contuvo el temor de un desaire, uno de tantos que formaban su alimento cotidiano. Y se conformó con seguirlas á respetuosa distancia, sin mezclarse con nadie, á buen paso para no perderlas; quería saber lo que harían, lo que aquello significaba, y las escoltaba enternecida. Llegaron á un templo, no supo cuál porque jamás los frecuentaba y se coló tras ellas, aprovechándose de la admiración que producían y pasar desapercibida. Vió que se formaban en dos alas y encerradas dentro de cuatro bancas, cómo una de las señoras que las conducía, se sentó al piano, un piano enorme abierto por uno de los costados, y oyó, en dulce arrobamiento, el can-

to que entonaban á la Virgen también vestida de blanco, con gran diadema prendido el manto y una mirada tan buena, tan afable, que después de un rato de observación parecía que estaba sonriendo. Permaneció largas horas en esa especie de éxtasis, en delicioso arrobamiento, lejos de la tierra, lejos de los sufrimientos, lejos de lo malo. Al regresar de este viaje ideal, oyó rumor de voces, cerca de ella, y volvió la cara acertando á distinguir pegado al muro, un confesionario rodeado de devotas en sus dos ventanillas, cediéndose el lugar unas á otras, marchando despacio y cubierta la cara con negros pañolones, haciendo poco ruido hasta al despedirse del sacerdote, que les extendía la mano y se la besaban con besos sofocados y siniestros, traicionándose la costumbre en el fingido respeto, familiarizadas con el santo sacramento, tratándolo de confianza, como se trata al que se ve diariamente. Eran viejas en su mayoría, de caras angulosas y sucias, no pudiendo distinguirse si rezaban ó gruñían, moviendo los labios con una rapidez y una indiferencia extraordinarias. Matilde titubeaba entre acercarse á su vez ó continuar de observadora, y algo interior la impulsaba á ir á contar sus cuitas y sus desventuras á aquel señor, que la consolaría, que la volvería buena. Buscó á las niñas y ya no estaban. Sin duda se habían marchado mientras ella vagaba por otras regiones. Comenzaba la luz á abandonar el templo, extendiéndose las

sombras por las capillas y los rincones. Por más esfuerzos que hacía, no pudo ver la cara del sacerdote; en el interior del confesionario reinaban las tinieblas.

Levantó la suya y miró de nuevo á la Virgen, pidiéndole consejo, y consultándole sobre lo que debería hacer. Y no cabía duda, sonriente siempre, le hizo seña de que se acercara al sagrado tribunal. Llegó temerosa y contrita pensando en lo que respondería cuando la interrogaran. Era tan mala!

Apenas si quedaban penitentes; una que otra beata retardada, de las íntimas, de las de última hora, preguntando al padre cómo seguía de salud y despidiéndose "hasta mañana," dándose cita entre sí para el día siguiente muy temprano, en la misa. Notaron á Matilde y la miraron de reojo, indignadas, casi dispuestas á defender á su confesor, creyéndolo en peligro, y sin embargo, apenas hacía bulto sentada en el suelo, con su canastilla al lado. Esperó y esperó hasta que concluyó la última, la más escrupulosa y hasta que oyó que se levantaba el cura, sacudiéndose la sotana, esperezándose, respirando de satisfacción, fastidiado de escuchar tanta necedad y tanto chisme, bostezando irrespetuoso dentro de su oficina, en toda la actitud de dueño de casa, golpeando la puertecita al retirarse.

—¿Qué deseaba? ¿Por qué no hablaba alto?....

—¿Confesarse? Pues qué suponía que había de pasarse toda la vida confesando? No faltaría otra

cosa? Además, no la conocía, cuándo se había confesado con él? Buena estaba la ocurrencia, y accionando colérico repetía el "no faltaría más" al alejarse rumbo á la sacristía, olvidándose en su contrariedad, de inclinarse á su paso ante el altar.

Matilde quedó petrificada por tanto mal humor. Nunca se imaginó provocar una tempestad semejante formulando un deseo que le parecía irreprochable. Tuvo entonces una inspiración; llegó hasta las gradas del altar, se hincó en la alfombra que las cubría y se puso no á rezar, sino á hacerle sus confidencias á la única que no la había recibido mal, á la Virgen, algo iluminada ya por una lámpara de aceite, con las facciones un tanto desvanecidas, brillando mucho las piedras de la diadema y los bordados del vestido, su rostro oval envuelto en deliciosa media tinta. Le hablaba con la seguridad de que la escuchaba y de que la escuchaba con agrado, atemorizada por el regaño acabado de recibir y por la soledad y el silencio del recinto. Se acordó de lo que habían hecho las niñas é hizo lo mismo.

Se inclinó á su canastillo y tomó los ramilletes de flores que no vendió por haber entrado allí, ramilletes que le significaban comer todo un día; los arregló trémula de emoción, y llorando sus infortunios, tuvo alzados sus bracitos un instante. También ella había ofrecido flores.

Las depositó á los pies del altar, no alcanzaba

á más y estando en estas fatigas cosechó el desprecio postrero: la despedida brutal del sacristán. A partir de aquella época, se convirtió en anti-religiosa, no volviendo á pisar una iglesia.

Así es que, aun suponiendo que los demás inconvenientes fueran allanables, no se casaría eclesiásticamente. Pero esto era nada y los deseos de Sardín una locura. ¿Cómo era posible que no lo comprendiera así? Lo lógico, lo natural, lo indicado, él no lo aceptaba, lo rechazaba ofendido, ¿porqué? No hubiera sido más agradable, supuesta su mala suerte, que se juntaran sin participarlo á nadie, viviendo así el mayor tiempo posible? Pero casamiento? A dónde se le habría ido la cabeza á Sardín, que discurría de tan lamentable manera? A lo menos nada podrían reprocharle; había procurado premiar el cariño que inspiraba con la única especie de que le era dado disponer: ofreciendo á Sardín su cuerpo, virgen por milagro y en peligro de muerte, ofrecimiento sincero, espontáneo y de acuerdo con sus propias simpatías. El se empeñaba en rehusarlo, alegando frases incomprensibles y sobre todo, inaplicables. Moral, amor, pureza y otras lindezas por el estilo, sin sentido para ellos, frases huecas, aprendidas sin duda al pasar por un grupo de señores, de esos que se estacionan en las cantinas y hablan accionando.

Estaba segura de que Sardín no las traduciría jamás, tal vez ni las entendía al repetir las. Sin ce-

sar le echaba en cara su ingratitud y no tenía razón. Ingrata ella? Uno es ser ingrato y otro reír de lo que no se entiende. Eso sí lo hacía. Cómo no hacerlo escuchando á Sardín sermonearle en serio, asegurarle que la respetaba; que la respetaría mientras pudiera dominarse. Por más vueltas que daba á esos discursos, no atinaba con la falta de respeto. Si era ella misma la que ofrecía, la que instaba. Estarían frescos guardándose respeto. Entre ellos tales melindres? Hasta temía que Sardín se hallara en vía de perder el juicio; no de otro modo podía hacerse cargo de sus extravagancias.

Le apenaba disgustarlo y ya no le quedaba otro recurso; le diría su resolución, manifestándole que era inquebrantable, para evitarse escenas y lloriqueos. ¡Pobre Sardín! Lo que constantemente le había prohibido, lo que había detestado toda su vida, iba á verificarse. Pero también, rechazar las proposiciones recibidas, hubiera sido una locura y ella no estaba chiflada como él; la miseria predispone para la partida doble.

Cuando el alimento no marcha en armonía con la necesidad, se acepta no sólo la regla de tres, la de trescientos.

Y por la noche se lo participó, al concluirse la representación, entre el ruido de los carruajes al acercarse, las despedidas en el pórtico del teatro, el humo de los cigarros, las conversaciones en alta voz, el gas cayendo á raudales sobre los que se van,

momentos de ruido y de confusión, en que se ve mucho, se oye más y nadie se entiende, cuando Sardín vendía sus últimos paquetes de fósforos y llamaba un coche de plaza, multiplicado, metiéndose entre los grupos, designando á varias personas por sus nombres, provocando sonrisas y ganando propinas, familiarizado con el formidable vaivén, el ojo listo y la nariz inflada, aspirando á plenos pulmones el aire de la ciudad y el de la noche—sus dos grandes amigas—servicial, epigramático, granuja!

Ni se fijó al pronto, creyendo que Matilde no se dirigía á él; pero cuando ya en calma, apoyados en el zócalo de una columna, vieron cerrar el teatro y la cantina, cuando se informó de lo que quería y escuchó la terrible resolución dicha con frialdad, con indiferencia, como cosa resuelta, no pudo contestarle. Sus sueños, sus ilusiones vinieron á bajo, derribados con mano cruel, causándole en el estruendo de la caída la atonía en que se hallaba. No quiso oponerse, ni discutir. Matilde, animada con el silencio, lo acabó á razonamientos, demostrándole la utilidad del cambio con frases egoístas, calculadoras, heladas. Iba á estar muy bien, la señorita la quería, le había prometido vestirla, dejarla pasear, hacerla gente.

—Ya ves—exclamó—que nuestra separación será corta, podré salir contigo y ya me daré mis mañas para que me permitan hablarte diariamente